

VERTICAL LA CIUDAD Y LOS EMBLEMAS DE PODER

por Christian Ferrer

I

En el principio no era el obelisco sino la pirámide. Su porte era más bien modesto, unos quince metros de altura, pero su primigenia pujanza simbólica ha de haber sido intensa. Fue el primer monumento patrio, instalado en la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 1811, por orden de la así llamada Junta Grande de las Provincias Unidas del Río de la Plata, para homenajear el primer aniversario de la Revolución. Erigirla fue igual a clavar una pica. Una afirmación tectónica: se proclamaba que ningún gobernante extranjero tendría poder sobre estas tierras nunca jamás. Seccionado el cordón umbilical con la Casa de los Borbones, una nación había sido dada a luz, o bien su proyecto, que tardaría mucho en cuajar del todo. En todo caso, era el anhelo: un nuevo ombligo. La Pirámide de Mayo fue levantada delante del fuerte de la ciudad, sitio de residencia de los virreyes españoles. Una vez demolido, cedería el lugar a la actual Casa Rosada. Con el tiempo, y guerras civiles mediante, la pirámide caería en el desinterés y el abandono. Hacia mitad del siglo XIX fue remodelada y coronada con una estatua, obras ambas a cargo del escultor francés Joseph Dubourdieu, quien, por cierto, también incluyó tres notorias pirámides en el friso triangular que le fue encargado para el frente de la Catedral metropolitana y que contextualizan el reencuentro del patriarca hebreo José con sus once hermanos. Con ese grupo escultórico quería enfatizar que la fraternidad era la ley primera, desiderátum que pocas veces rigió en nuestra historia. Esa estatua en la cima —la libertad, una mujer con lanza y escudo— porta un gorro frigio, por tradición alegoría del republicanismo y de la libertad guiando al pueblo, y además distintivo de los esclavos libertos en la antigua Roma. Y ciertamente, en aquel 25 de mayo de 1811 algunos esclavos fueron liberados. Se ignora por qué se la llama pirámide, pues en realidad tiene forma de obelisco.

II

En la antigua Grecia existía un ser alado llamado esfinge, mitad mujer y mitad felino, que lanzaba acertijos a los caminantes que tuvieran la mala suerte de toparse con ella. Quien no lograba dar con la respuesta precisa era estrangulado y devorado. También las ciudades proceden así, descargando apremios y coacciones innúmeras sobre el habitante, que las soporta a modo de molestias o agobios. Pero son otra cosa: interrogantes de rango existencial arrojados a su paso que demandan una respuesta urgente. Se trata de asuntos de vida o muerte, de supervivencia cotidiana, que atañen al deseo, la desesperanza, el esfuerzo que no deja fruto, los enfrentamientos interpersonales, el desencuentro, y otros tantos problemas insolubles. Inútil argüir, no hay réplica posible, puesto que la formulación de las preguntas resulta apenas comprensible, si no jeroglífica. Tarde o temprano los afectados barruntan que están tomando por albergue lo que en verdad es un laberinto —palabra cuyo origen se desconoce—, y que solo cabe coordinar y sincronizar actividades rutinarias. El corolario es malestar y angustia. Para que los ciudadanos no se desplomen, para que esas incógnitas acuciantes puedan hacerse provisoriamente inteligibles, la urbe desdobra de sí misma recintos específicos destinados a cobijar y sosegar, en forma deficiente, por no decir distorsionada, conglomerados humanos esencialmente desprotegidos. Templos, estadios, salas de cine, sitios de conmemoración o “zonas rosas” dan cuenta del afán de consuelo, la contienda por la vida, el enigma del sueño, los dramas de la historia nacional o las frustraciones de índole sexual. Se concurre a esos lugares, o a otros, sean casas de juego, centros de compras o eventos de masas, con fines de alivio o fascinación pasajera antes de que la recaída en la realidad haga reiniciar la rueda giratoria del destino.

El Obelisco es uno de esos escaques significativos. ¿Pero qué emblematiza, a qué da respuesta, si es que le concerniera esa misión? La manifiesta y reiterada remisión al señorío fálico es insuficiente, se queda corta, y la atribución de “obra pura y simple que nada simboliza” deslizada por Alberto Prebisch, el arquitecto que lo construyó, abulta el candor y se desentiende de los poderes de la imaginación colectiva, hiedra incontenible que trepa sobre todo muro para enaltecerlo o resquebrajarlo. Una obra de magnitud tal, una vez incrustada, ya no



Plaza de Mayo, 1867. Archivo General de la Nación.
Fotografía de Benito Panunzi



San Nicolás de Bari, 1931. Archivo General de la Nación.

pertenece a sus constructores ni a la administración municipal que la encargó. Queda a merced del juicio y la fantasía del público reunido a su alrededor o que la retiene en un atisbo del caminar. Sin duda el Obelisco es ícono elocuente, pero impertérrito. Convincente también, pero inexpresivo. No se diría que es fuente de meditación aun cuando esté nítidamente aceptado y acreditado además para postal o *souvenir* a escala. Hito turístico para la gente de provincias, incluso la del conurbano, desde que principió el hábito barrial de “ir al centro”. Y mucho más, pues cabe suponer que si un plato volador un día aterrizara en esta ciudad, lo haría justamente ahí. El Obelisco pudo haber emergido como un intruso, pero acabó consentido como inesperado brote de la familia. No sabemos si emprendimientos urbanísticos recientes, como Tecnópolis o las torres de Puerto Madero, echarán raíces en el futuro. El Obelisco lo hizo en un instante, un poco a la manera del injerto, aun cuando desentonara con otros monumentos y estatuas repartidos por Buenos Aires cuyos relieves y figuras concitan la aflicción, el respeto, la piedad o la conmoción ante algo bello y bien forjado. Tampoco nos es indiferente, nada de eso. Es solo que no tiene par: es único. Y si contuviera un secreto, lo preserva entre cuatro paredes, como la pirámide lo hace con el sarcófago.

Se cuenta que uno de los más eminentes antropólogos franceses de este siglo, en su ancianidad, solía ir de visita a un museo con el fin de observar largamente una piedra tallada de tiempos antiquísimos, como si en ella hubiera quedado labrada la explicación del duradero y muchas veces tortuoso devenir de la raza humana. Desesperante sondeo. Distinto hubiera sido que, en la Plaza de la República, en lugar del Obelisco estuviera aposentada una esfinge. No es inimaginable. En 1926 se publicó en Buenos Aires la versión en castellano de un poema de Oscar Wilde aparecido en Londres en 1894, titulado “La esfinge”. Se trataba, en palabras del traductor, “de una evocación monstruosa del paganismo religioso en que se exaltan las mil formas del amor”, con lo cual quería decir que la protagonista del poema era un ser ávido de sexualidad. Un año después, Wilde fue llevado a juicio bajo cargos de sodomía e inmoralidad y condenado a dos años de trabajos forzados por “grave indecencia”. Por su parte, el traductor de “La esfinge”, el argentino Mariano de Vedia y Mitre, sería nombrado intendente de Buenos Aires en 1932, y en calidad de tal ordenaría construir el Obelisco.

III

El contexto institucional en que se lo erigió, en 1936, no tenía nada de ingenuo. Gobernaba el general Agustín P. Justo, escogido en un escenario electoral muy trastocado, y el intendente de la ciudad, Mariano de Vedia y Mitre, designado por el Poder Ejecutivo, era hombre que había participado del golpe de Estado de 1930, el primero de los muchos que se sucederían en el siglo XX. Se suele decir que aquella fue una época fraudulenta, y aunque el calificativo no logre abarcar el marco de circunstancias ni todas las concatenaciones causales, mucho de eso hubo. En todo caso, se estaban instalando las trabas e incomprensiones que harían desdichada la historia de este país. Una vez derrocado Hipólito Yrigoyen por el general José Félix Uriburu, a su vez sustituido por Justo, hubo fusilamientos, encarcelamientos en la isla de Tierra del Fuego, persecución de radicales y anarquistas, cierre forzado de periódicos y bastante estafa premeditada en comicios. Los que habían sido destituidos se refugiaron, inútilmente, en la abstención electoral, de modo que el gobierno quedó en manos de los beneficiarios del golpe de Estado, no desinteresados en modernizar el país. Considérese que, desde siempre, los arquitectos y urbanistas que se proponen transformar grandes sectores de la ciudad requieren de una alianza con un poder fuerte que otorgue plácet.

Muchas fueron las obras encaradas por Mariano de Vedia y Mitre. Ensanques, la costanera, hospitales, plazas, avenidas, líneas de subterráneo, pero sería el Obelisco el que a fin de cuentas quedaría adosado a su nombre, y quizás no haya sido casualidad que los primeros rascacielos porteños emergieran durante su intendencia. En todo caso, De Vedia y Mitre era miembro del Jockey Club y del Club del Progreso. Familia de nota entonces, de las que presuponían que dar orientación al destino de la ciudad era poco menos que una franquicia de clase social. Por entonces, la apertura de la avenida llamada Norte-Sur traía aparejado el problema de la ordenación del tránsito en las tres arterias que inevitablemente se encontrarían: Corrientes, Diagonal Norte y 9 de Julio. La solución lógica era una rotonda, y para engalanar su punto medial varias organizaciones y partidos políticos comenzaron a cinchar, cada cual promocionando una efigie de su prócer favorito. La Sociedad Sanmartiniana y la Sociedad Belgraniana postulaban los suyos; los radicales propugnaban a su líder místico, Hipólito Yrigoyen, fallecido pocos

años antes. No iba a ser sencillo dirimir esa contienda en caso de no cortársela en seco. No se trataba de una pugna de idólatras, no meramente: todos intuían un próximo desplazamiento de la imaginación porteña hacia la Plaza de la República, magneto que todo lo haría girar en torno de él. De modo que luchaban por dar apodo a la metamorfosis.

La elección de monumentos, así como los nombres que se estampan en calles y plazas, no son necesariamente actos de justicia ni tampoco inocuos, aunque al fin y al cabo la asiduidad y el paso del tiempo empañen sus orígenes con una pátina de medianoche. Se trata de batallas onomásticas en las que están en juego el encauzamiento de la memoria histórica, la pleitesía debida a las “familias principales” de la ciudad, la veneración de ciertos hombres públicos en detrimento de otros, el encumbramiento de tal o cual hombre del momento a rango de ciudadano ilustre o de personalidad representativa. Incluso en una estampilla o en un billete de curso legal, para no hablar de la repatriación de restos mortales, hay reyerta en nombre de la historia política de la nación. No por azar en las calles de Buenos Aires siempre ha habido más apellidos de unitarios que de federales. De vez en cuando estos enfrentamientos recrudecen, como fue el caso, en la década pasada, de la negativa a incorporar ciertos bustos de ex presidentes a una sala de la Casa de Gobierno, o la baja de un par de retratos de ex dictadores en el Colegio Militar de la Nación. Es verdad que, transcurridos los años, la historia se vuelve remota y hasta fría, y que eventualmente naufraga en el olvido, pero mientras lo sucedido siga siendo pasto de la biografía reciente las pasiones no flaquean, se mantienen candentes, y eso concierne tanto a la entronización como al derribo de una honra. Las revoluciones, los golpes de Estado, los retornos de períodos democráticos y las asonadas populares suelen ser pródigos en cancelar o exaltar reputaciones y glorias, sobre todo si dependen del poder de turno. Calles, pasajes, cortadas, avenidas y hasta nombres de ciudades son sepultados por nuevos bautizos, e incluso residencias enteras —la de Perón y Evita en 1955— pueden ser alisadas a ras del piso. No hace mucho, apenas veinticinco años atrás, al disolverse los regímenes comunistas en el Este europeo, las multitudes abatieron cientos de estatuas, y en una base antártica rusa hasta un busto de Lenin quedó tumbado en el hielo. Mucho antes, en 1871, la Columna Vendôme, erigida por Napoleón Bonaparte, fue abatida por los comuneros de París, y en 1936, al comen-

zar la Guerra Civil Española, la cárcel de mujeres de Barcelona fue derribada por los anarcosindicalistas a fuerza de pico y maza. Para hacerlo con las Torres Gemelas de Nueva York se recurrió a un dueto de aviones. Pero cuando la ira popular, o la sectaria, una vez desahogadas, se acallan, los poderes restauran sus prerrogativas.

En el caso de la Plaza de la República, Mariano de Vedia y Mitre encargó al arquitecto Alberto Prebisch, un “modernista” que alguna vez —en 1962— llegaría a ser intendente de esta ciudad, imaginar una pronta y decidida resolución de la cuestión, antes de que las presiones políticas tomaran demasiado brío. Prebisch sugirió un monumento de índole abstracta, aunque la forma obeliscal en sí parece haber sido idea de Atilio Dell’Oro Maini, secretario de la Intendencia y futuro ministro de Educación de un gobierno militar. Quizás se haya traído a colación el antecedente del obelisco colocado en la parisina Plaza de la Concordia —antiguo de verdad, de la época de los faraones—, elegido justamente para eludir disputas entre distintas facciones reivindicatorias de la Revolución Francesa, que de por sí había permutado nombres de plazas y plazuelas, religiosos o monárquicos, por otros laicos. Alberto Prebisch no perdió el tiempo, diseñó el Obelisco en un santiamén y en apenas sesenta días estuvo terminado. El proceso de erección fue tan inusualmente rápido que pareció un truco de ilusionismo. Las obras, por decreto, se iniciaron el 3 de febrero de 1936, a exactos cuatrocientos años de distancia de la primera y fallida fundación de Santa María del Buen Ayre por Pedro de Mendoza. En el mes de marzo comenzó la faena y el 23 de mayo de 1936 quedaron inaugurados sus 67 metros de altura, sus 206 escalones internos y sus 170 toneladas de peso. Final feliz. Pero a pesar de que el poeta Baldomero Fernández Moreno lo encomiara como “espada de plata refulgente”, el Obelisco atrajo la controversia, también la mofa y el escarnio, al menos por un tiempo, e incluso el Concejo Deliberante de la ciudad, en 1939, en decisión que hoy nos resultaría inverosímil, votó su derribo, iniciativa que fue vetada de inmediato por el intendente en ejercicio. Así que se mantuvo enhiesto y pronto le fue dedicado un tango, que era como recibir carta de ciudadanía. De allí en más se volvería inclaudicable, como esos menhires prehistóricos que persisten desde siempre en su lugar, indiferentes a los trajines, arrebatos y delirios de las sucesivas camadas de seres humanos que se agitan en sus cercanías.



El Obelisco en construcción, 1936. Archivo General de la Nación.

IV

Hubo un tiempo en que los mapas de navegación incluían el cielo y el infierno como lugares destacados y a Jerusalén en el centro del mundo. Por entonces, antes de la secularización de Occidente, el punto más alto de una ciudad era la cruz de la iglesia o la aguja de la catedral. (Y por cierto que en la etimología de la palabra griega “obelisco” se oculta un sarcástico diminutivo: “agujita”). De hecho, donde está ahora emplazado el Obelisco estuvo antes la iglesia de San Nicolás de Bari, santo patrono de Turquía, Grecia y Rusia, y patrono asimismo de la liberación de los presos; de los jueces, los banqueros, los cerveceros, los limpiabotas, los recién casados, las muchachas con deseos de casarse y también de los niños, más conocido por ellos como Santa Claus, cuyas reliquias fueron trasladadas —como tantos obeliscos egipcios a Europa— desde la península de Anatolia a Italia una vez que los musulmanes se hicieron con la región. En Buenos Aires, la iglesia consagrada a San Nicolás de Bari fue construida en 1733 en la calle del Sol, luego llamada calle San Nicolás y ahora avenida Corrientes, que además daba nombre al barrio, apelativo que aún se mantiene. Allí se hizo flamear, desde una de sus torres y por primera vez en la ciudad, la bandera nacional. Eso sucedió en 1812. Una inscripción en una de las paredes del Obelisco recuerda el acontecimiento.

En esos tiempos en que se creía a pie juntillas que el mundo era obra del Creador, las iglesias eran construidas para amparo de la comunidad y espera de la eternidad, pero la de San Nicolás de Bari, edificada con ladrillos, fue demolida justamente para hacer lugar a un coloso de cemento de raigambre politeísta. Esa decisión urbanística no deja de ser irónica, pues en su época San Nicolás fue enemigo de los cultos paganos y hasta mandó destruir un templo dedicado a Artemisa, hija de Zeus olímpico, la diosa griega de las vírgenes, la fertilidad y los partos. Curioso: la iglesia porteña de San Nicolás acogió por unos años a las monjas capuchinas, y a su vera había sido instalado un refugio para “doncellas”. Se diría que superponer un obelisco sobre una iglesia señala, simbólicamente, el pasaje final de una urbe religiosa, de raíz hispánica, a una ciudad laica, regida por hombres de mentalidad liberal, la cría de la así llamada “Generación del 80”, quienes en su momento no vacilaron en expulsar de la Argentina al nuncio papal, sin aceptar

su regreso por largos dieciséis años. Pero más cierto es que los proyectos de racionalización de las metrópolis, es decir, la destrucción de los tejidos urbanos preexistentes, son un hecho propio de la Modernidad —época de desencantamiento del mundo—, de cuando las urbes todavía “orgánicas” dieron paso a otras más mecanizadas. De acuerdo con requerimientos urbanísticos, una iglesia era sustituible, sin costos mayores, por una avenida, una rotonda y un obelisco. El poder eclesiástico ya no podía impedir la remoción de algún que otro lugar consagrado, y en todo caso influencias y privilegios se conservaron por otros medios y en otros lugares. No por nada en 1934 Buenos Aires había sido sede del muy connotado XXXII Congreso Eucarístico Internacional, cuya mar de procesiones fue presidida por el cardenal Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, y a causa de ello la Gran Logia de Libres y Aceptados MASONES le quitó la membresía al presidente Agustín P. Justo, el hombre que inauguró el Obelisco junto al cardenal metropolitano Santiago Copello, que lo bendijo.

V

Y sin embargo, el Obelisco sería lugar de cita del último y desmadrado acto anticlerical realizado en este país. Los hechos, “Batalla campal en Plaza de la República con heridos, detenidos y destrozos”, según el titular del muy popular diario *Crónica*, ocurrieron a comienzos de abril de 1987, días antes de la llegada del polaco Karol Wojtyła, más conocido como Juan Pablo II. A pocas cuadras ya estaba levantado un altar desde donde el pontífice máximo dirigiría su palabra a la multitud de fieles. Esa protesta, culminada en refriega, había sido convocada por un “comité contra la visita papal” y sus protagonistas eran “jóvenes que vestían a la usanza *punk* y proclamaban un anacrónico anarquismo”. De un momento para el otro, según el cronista enviado a cubrir el acto, “aparecieron las extrañas figuras de los muchachos *punk* con sus gruesas cadenas pendientes, sus aros llamativos, la ropa negra, el cabello erizado en punta, muñequeras con puntas salientes de acero y botas de cuero tachonadas de figuras aceradas. Era un conjunto llamativo y extraño que desplegó pancartas con inscripciones de claro sentido anti-papal: ‘Fuera Wojtyła’”. Casi enseguida la policía recurrió a la diplomacia violenta, sin excluir chorros de agua emergidos de carros hidrantes. Algunos *punks* iban montados en motocicleta, y justo arribaron



Monumento a Myriam Stefford, 2011.
Fotografía de Juan Manuel Rodríguez Porta.

al lugar otros manifestantes en moto que no tenían nada que ver. Eran muchachos a los que por entonces se los denominaba “mensajeros de agencias” y que pretendían realizar una demostración en apoyo de sus demandas laborales. Según el diario: “Este cruce de motocicletas produjo cierta confusión entre los policías, algunos de los cuales lucharon entre ellos al entremezclarse efectivos policiales de civil con aquellos otros que reprimían”. En fin, que todos recibieron bastonazos a mansalva, incluyendo transeúntes, mirones y despistados, amén de reporteros. Se añadió algo más de confusión porque muchos de los que se acercaban a curiosear se pusieron a entonar los versos de la marcha peronista a voz en cuello y también encajaron lo suyo. Todo terminó con veinte heridos y cien detenidos. Quedaron inscritos grafitis y letras “A” en las paredes del Obelisco, hasta que los operarios municipales las dejaron immaculadas y acharoladas como antes. Esa “Marcha contra el Papa” fue el último estertor del anticlericalismo en la Argentina. ¿Pero por qué en el Obelisco? Quizás los anarquistas lo tuvieran por puñal que apuntaba al cielo.

VI

En el mismo momento en que se estaba levantando el Obelisco, otro monumento imponente estaba siendo erigido a 600 kilómetros de distancia, en la provincia de Córdoba. Era un emprendimiento privado, costado por un millonario excéntrico. Su nombre —Barón Biza— está hoy olvidado, pero en su tiempo dio mucho que hablar. Su prontuario: escritor, empresario, pornógrafo, izquierdista, financista de revoluciones, exiliado, habitué de prisiones, editor de periódicos de combate, huelguista de hambre, concesionario municipal, enamorado, suicida, infame. Además de ser lejano pariente de Ernesto “Che” Guevara, Barón Biza anduvo metido en política: era radical, del bando yrigoyenista, y por lo tanto antípoda política del intendente de Buenos Aires Mariano de Vedia y Mitre. Durante el golpe de Estado propinado a Yrigoyen habían estado en veredas opuestas, y siguieron querellando, puesto que en 1933 la municipalidad llevó a juicio a Barón Biza, acusando a un reciente libro suyo, *El derecho de matar*, de inmoral y sicalítico. Absuelto de culpa y cargo en abril de 1935, cuando ya la mitad del Obelisco había sido empinada, el hombre volvería a ser carne de tribunales diez años después, por los mismos motivos.

En 1930 Barón Biza había contraído matrimonio con Myriam Stefford, actriz de la época del cine mudo y además aviadora, una mujer intrépida que se propuso unir las catorce provincias argentinas de entonces por el aire, piloteando un pequeño avión. Nadie había logrado realizar esa proeza, y todos los diarios informaron profusamente a sus lectores, durante siete días, sobre los detalles de cada escala del raíd aéreo, hasta el 26 de agosto de 1931, día en que el avión se despeñó a tierra en la provincia de San Juan. Myriam Stefford, de 26 años de edad, ya no cumpliría ninguno más. A su entierro, en el cementerio de la Recoleta, concurren miles de personas, aunque no sería ese su último lugar de residencia. En pocos años más su viudo decidiría homenajearla en grande, proyectando un mausoleo funerario que habría de ser, hasta el día de hoy, el monumento más alto alguna vez construido en este país. Por un tiempo fue conocido como “Monumento al Amor”. Las obras se iniciaron en agosto de 1935. Cuando llegó la noticia de la inminente edificación del Obelisco porteño, Barón Biza no se amilanó: dio instrucciones al constructor de la tumba, el ingeniero Fausto Newton, de hacerla aún más alta. Era un duelo, y él estaba decidido a ganarlo.

La tumba, erigida a la vera del camino que conduce al pueblo de Alta Gracia —nombre apropiado— tiene forma vertical, de ala de avión, y para asentar los cimientos cien obreros excavaron la tierra hasta una profundidad de 15 metros. En ese hueco se vertió la primera colada de cemento, y allí, una vez enfriada, se realizó una ceremonia singular, presenciada por algunos invitados. Sobre esa base se depositó un cofre de metal, que a su vez contenía un tubo de cristal, que a su vez resguardaba las joyas —brazaletes de oro, perlas, rubíes y esmeraldas, y un diamante— que habían sido obsequiadas a Myriam Stefford por Barón Biza, por valor de un millón de dólares de la época. Un candado clausuró el cofre. Luego se derramó el resto de la colada de cemento, que ya es caja fuerte imperecedera. El resto del mausoleo, recubierto de mica destellante, cuyo brillo ha menguado mucho, se alza hacia el cielo, y para llegar a su ápice hay que caracolear por cuatrocientos escalones interiores. En el vértice hay dos ventanas y hasta se instaló un faro para orientar aviones. En la entrada al monumento hay una puerta de hierro, grabada con el nombre de Myriam Stefford, y quien la atraviese encontrará una advertencia: “Maldito sea el violador de esta tumba”. En uno de los muros hay dos ranuras caladas, una vertical y otra horizontal, que permiten a

la luz trans-migrar en forma de cruz hasta la bóveda donde está sepultada la aviadora. El monumento funerario, de 82 metros de altura, fue inaugurado en agosto de 1936, tres meses después del Obelisco porteño, que llega a los 67 metros. La voluntad megalómana de un individuo había superado la de la Intendencia de Buenos Aires. Significativamente, veinte años después, Barón Biza ganaría la concesión municipal para administrar las dos galerías subterráneas que rodean al Obelisco.

VII

Hubo intentos de conjurar su blanca palidez, lo que es decir su refracción al desciframiento. Alguna vez la artista Marta Minujín recubrió la base del Obelisco con helado de distintos gustos para que los paseantes pudieran degustarlo, y también forjó una réplica abarrotada de pan dulce, y a otra más la hizo acostar en alguna bienal de arte. Otra vez, José López Rega, alias “el brujo”, el ministro de Bienestar Social durante la tercera presidencia de Juan Domingo Perón, lo convirtió en el árbol de navidad más alto del mundo. Y cierta otra vez un grupo llamado La Organización Negra lo utilizó para actos de alpinismo, concitando la atención de unas quince mil personas, así como hubo otro día en que amaneció revestido por una enorme y estrecha tela rosada con el fin de conmemorar el Día Internacional de Lucha contra el Sida, y en otra ocasión más se le enrolló un revestimiento con forma de lápiz, para recordar la desaparición de seis estudiantes de escuela secundaria durante la dictadura del general Videla. El Obelisco había devenido, no ya popular, sino amigable, incluso para usos que otrora hubieran sido impensables, por no decir irrespetuosos, para sus constructores originales, gente más solemne. Ya era lugar de congregación, y la política, el deporte y el arte, tres dinamismos imprescindibles de toda ciudad, monopolizaron las convocatorias. Espacio de festejo, entonces.

En el caso de los triunfos futbolísticos, el culto fálico al Obelisco alcanza una envergadura específica, sin excluir los inevitables coletazos de desmanes y desórdenes, y, en cuanto área de confluencia de pasiones políticas, la Plaza de la República siempre ha sido punto de encuentro de distintas banderías, sean los cuantiosos contingentes de militantes prestos a dirigirse a Plaza de Mayo o el millón de personas que a fines de 1983 concurren, allí mismo, a los cierres de campaña tanto de la

Unión Cívica Radical como del Partido Justicialista. También, ineludiblemente, puede trastocarse en zona espontánea de protestas, escaramuzas y batallas en toda la línea, como las sucedidas en los últimos días de 2001, al borde de la renuncia del presidente Fernando de la Rúa, cuando los embates policiales, las corridas caóticas y los gases lacrimógenos transformaron esas cuadras en paraje fantasmagórico. Parecía, el Obelisco, la torre de un castillo por el cual se bregaba, siendo en verdad inexpugnable.

Aunque su consistencia parezca pétreo —muro de los misterios—, a veces, si avizorado de refilón, el Obelisco ostenta una fugaz y envolvente refulgencia metálica que cautiva los ojos, como si estuviera imantado; particularmente su punta, distante e inalcanzable, que obliga a un esfuerzo de la vista, y quizás por eso uno de los acontecimientos más notables allí sucedidos fue la hazaña realizada por la *troupe* de la compañía Zugspitz-Artisten, cuyo primer nombre es el de la montaña más alta de Alemania, que viajaban por el mundo con su “espectáculo maravilloso de sensación única”, y que desembarcó en la Argentina para un 17 de octubre de los años 50, época del peronismo, que, como es sabido, nunca descuidó la escenografía ni escatimó sorpresas y extravagancias. Los funámbulos de la Zugspitz-Artisten contribuyeron a la fiesta popular con un número de equilibrio llamado “La travesía de la muerte”: paso a paso, caminaron sobre un cable de acero tendido entre la punta del Obelisco y un edificio en diagonal. No les estaban permitidos los pasos en falso.

No siempre hubo fiesta; también hubo espantos. En las malas épocas que parecían durar para siempre, y justamente por ser núcleo ineludible de la ciudad (en el caso de que las ciudades fueran barcos, el Obelisco sería su mástil), fue elegido para emitir mensajes ominosos. En 1975, año en que ochocientas personas fueron víctimas de asesinatos políticos y demasiados cadáveres eran arrojados a las calles sin más, el gobierno municipal hizo instalar en la mitad del Obelisco un muy visible cartel en forma de aro giratorio, con cuatro palabras —“El silencio es salud”—, en apariencia destinadas a los automovilistas de bocinazo fácil, pero elocuentes para todo el mundo. Recuérdese que por entonces los agolpamientos de transeúntes eran disueltos por una repetida cantilena en boca del policía de turno: “Circulen, circulen”. Poco después, a las paradas de colectivos se les superpondría el letrero “Zona

de detención”, en tanto que los hoteles de alojamiento serían forzados a adoptar un eufemismo que preanunciaba la eventual zozobra: “albergues transitorios”. Eran advertencias, y nadie puede decir que pasaban desapercibidas. ¿Cómo alegar otra cosa, si en julio de 1976 un hombre atado y amordazado fue bajado a la rastra de un auto y fusilado contra una de las paredes del Obelisco? Mucho antes, durante su construcción, un obrero había caído al vacío, es decir a la muerte, pero era otro tipo de víctima sacrificial.

VIII

En la antigua Roma existió la costumbre de la “marcha triunfal”. Cuando un general derrotaba a un ejército enemigo, doblegaba a un pueblo o sometía un territorio, el senado lo autorizaba a realizar un ingreso glorioso en la ciudad, junto a sus soldados, para recibir los vítores de la multitud. Incluidos en el desfile iban los prisioneros importantes, atados con cadenas, que solían ser sacrificados al culminar la parada. También se exhibían, en carromatos colmados al efecto, objetos forjados en metales preciosos fruto del saqueo, así como muestras incautadas del acervo cultural de los pueblos vencidos. Incluso los obeliscos resultaron ser trofeos transportables. De Egipto, Roma se llevó al menos diez. Uno de ellos, de 25 metros de altura, que en un tiempo estuvo en el Circo Máximo, está ubicado hoy en el Vaticano, frente a la mismísima basílica de San Pedro. Curioso destino para un emblema del paganismo. Otro, llamado “Agonalis”, de 30 metros hacia lo alto, corona la Fuente de los Cuatro Ríos, esculpida por Gian Lorenzo Bernini en 1651, en la Plaza Navona, para conmemorar los ríos más imponentes del mundo: el Río de la Plata, el Nilo, el Ganges y el Danubio. También Constantinopla “importó” obeliscos egipcios, y con el tiempo, ya en el siglo XIX, se desató entre las potencias occidentales —Francia, Inglaterra, los Estados Unidos— una especie de fiebre por agenciarse un obelisco auténtico para sus capitales. Más adelante muchos otros países tendrían los suyos, construidos ex profeso, a imitación de los originales. Había llegado el tiempo de la egiptomanía.

Trasladarlos en barco era tarea ardua, pero factible. Más complicado había sido cincelarlos, acarrearlos y alzarlos en sus sitios originales, proceso del cual sabemos poco y nada. Ahora eran objeto de requisa, a ve-

ces desarraigándose los, así nomás, a resultas de la conquista. Otras veces eran tributos entregados por el débil o el colonizado para adular o aquietar al poderoso. Y no faltaron los obsequiados motu proprio a países imperiales, que podían tardar décadas en llegar a destino. Por ejemplo, las “Agujas de Cleopatra”, dos gemelas de la época de la dinastía egipcia XVIII, una llevada a Westminster, en Inglaterra, y la otra al Central Park de Nueva York, regalos de distintos gobernadores del moderno Egipto. Este tipo de traslados seguían las rutas del comercio y el poder, y se inscribían en un proceso más general de remoción de obras de arte —frisos, cerámicas, estatuas— de culturas antiguas o de países exóticos, conseguidas por la adquisición, la fuerza bruta o los traspasos facilitados por profanadores de tumbas o de sitios arqueológicos, y que acabarían almacenadas en museos. En el caso de los obeliscos, la ciudad entera pasaba a ser sala de exposición. En su origen, obeliscos y pirámides servían a una motivación tan antigua que su genealogía se pierde en el tiempo, y que es vigente hasta el día de hoy: la fascinación por los símbolos del poder.

La proeza de izar el Obelisco porteño en dos meses y la familiaridad de su presencia hacen olvidar el esfuerzo de los obreros asalariados que lo erigieron bloque por bloque. En el caso de las antiguas pirámides y obeliscos, la organización y la eficiencia de los miles de esclavos y siervos y artesanos solo pudieron lograrse a partir del mito del poder sagrado de los gobernantes, a quienes había que garantizarles la inmortalidad. Los vivientes construían, con la sola fuerza de sus manos, una ciudad para los muertos, el “Valle de los Reyes”, como se llamó al enorme predio de palacios de la eternidad donde fueron sepultados faraones y otros miembros de la clase dominante, incluyendo gatos. Los instrumentos y maquinarias a los que se recurrió por entonces eran rudimentarios por comparación con nuestra actualidad, pero equivalentes en algunos parangones fundamentales: que existió un centro coordinador de la realeza que impuso las disciplinadas tareas a ser realizadas —así como su faústica grandeza casi cegadora— y que la organización colectiva que hizo posible esas obras estaba compuesta de cuerpos humanos. Era una máquina orgánica dirigida a un único y supremo objetivo: perpetuar el nombre y el poder del monarca para siempre. La entronización de tótems, arcaicos o contemporáneos, suele ser realizada por incontables seres diminutos que añoran ser lo que jamás serán.



Horacio Coppola, *Obelisco*, 1936.

Hoy en día, muchas “maravillas del mundo” de índole técnica también deslumbran a sus admiradores (turistas, fisgones de sus representaciones por medio de Internet, forofos de cuanto más grande mejor, más aún si la edificación es “extra-large” o empinadísima) sin dejarles percibir su propia existencia encadenada a una impávida rutina mecánica, puesto que así funciona la ciudad: sus procesos laborales, sus esquemas de circulación y de concentración y desconcentración de población, sus lógicas comunicacionales conectivas, sus hábitos de consumo. Es una marcha grandiosa pero orbicular, señalizada y monótona. Y también en torno a la Plaza de la República los automovilistas y los pasajeros en tránsito repiten su circuito cotidiano, interrumpido apenas por la súbita aparición del Obelisco, a fin de cuentas habitual pero extraordinario, y al cual se le rinde una rauda pleitesía, como de ojito, vistazo que busca y no logra apresar la incógnita o clave que pudiera estar sellada intramuros.

IX

Desatendida, soslayada, casi inadvertida, esa fue su suerte, aun cuando se tratara de una pirámide y estuviera asentada en plena plaza mayor. Hubo otros sitios de congregación usuales. Los socialistas solían culminar sus actos en Plaza Constitución; los anarquistas, en Plaza Lorea, próxima al Congreso. Incluso una fuente —la de Plaza de Mayo— podía devenir en símbolo, si no fetiche, más relevante, al menos para la imaginación de los peronistas. El Obelisco siempre ha sido sitio de concentración, aunque el subsiguiente rumbo de los marchantes fuera otro. Lo cierto es que las manifestaciones de apoyo o repulsa a los gobiernos, tanto civiles como militares, y a favor o en contra, han sucedido, mayormente, ya desde comienzos del siglo XX, en la Plaza de Mayo. De allí en más, la orientación de la mirada y de la efusión política se dirigiría casi exclusivamente hacia la interacción entre la Casa Rosada —su balcón— y el mar de siglas y banderías y pancartas que terminaron por sumir todo otro emblema político de peso en un implícito desierto. Piénsese que, durante el ataque aéreo a la Plaza de Mayo en junio de 1955, las bombas estuvieron a punto de arrancar de cuajo la pirámide. Solo cuando la plaza —ese teatro de la política— fue restringida al grado cero de su función —la representación—, ocurrió algo imprevisto, y entonces aquella pirámide dejó de ser indiferente. Sucedió en 1977, en el mes de abril, un día jueves, y había dictadura y

cacería humana en toda la ciudad, y allí se reunieron, clamando por sus hijos, unas pocas madres —pañuelos blancos—, hostigadas por la policía y otros cancerberos y hasta agraviadas por gente “común y corriente”. Conminadas a circular —regía el estado de sitio—, lo hicieron alrededor de la Pirámide de Mayo, acompañadas por algunas personas valientes, que demasiadas veces eran arrestadas por la policía nada más alejarse un poco, por lo general antes de salir de la plaza en sí misma. Lo cierto es que, tanto tiempo después, en torno al símbolo del adiós a la Colonia se recusaba nuevamente a los dictadores. Ya es un episodio esencial e inextirpable de la historia argentina. Con justicia, las cenizas de Azucena Villaflor, una de las fundadoras de las Madres de Plaza de Mayo, desaparecida al salir de la iglesia de la Santa Cruz siete meses después de haberse realizado la primera marcha en la pirámide, fueron depositadas a su vera.

X

En lo más alto hay cuatro ventanas, cada una orientada a un punto cardinal distinto. Tiene entonces —el Obelisco— un rostro radial y panóptico, como los cíclopes de antaño, “los que lo miran todo a su alrededor”. Eso es lo propio del poder: ver, sin ser visto. Escudriñar y supervisar, eludiendo toda fiscalización. Abrir una visibilidad, manteniendo los mecanismos y resortes de la dominación en la opacidad. El poder combina la representación de rituales y espectáculos que lo vuelven manifiesto y majestuoso con la administración del secreto, lo que supone cortapisas al “hombre del común”. Siempre ha sido así: el príncipe, el sultán o quien presida se hace ostensible en el ápice en tanto sus diligentes burocracias recolectan y archivan información que apuntala y lubrica el mecanismo de la jerarquía. La policía secreta, luego, a medida que se asentaron los Estados totalitarios del siglo XX, se inmiscuiría por el resto de las rendijas, los dobles fondos y las cloacas también. Y tampoco los regímenes democráticos quedaron exentos de estos dobladillos y repulgues, consustanciales al principio de autoridad, con sus concomitantes beneficios para detentadores y entenados. Los servicios de inteligencia, que registran y acaparan el “inconsciente” de una nación, hoy “ven” a través de las redes informáticas, que no lo son solo de la interactividad colaborativa, sino también de la vigilancia y el control. Merced al hecho de que el ciudadano “conectado” se ha ido transformando en un delator de sí mismo, nunca como hasta ahora ha habido tantos datos “privados” en manos de

las autoridades, en una caja negra refractaria a la transparencia habilitada a los demás. Y a pesar de la actual propagación de las bondades de una sociedad “transparente” que garantizarían las redes sociales, y de la presunta apropiación recíproca de un poderío, la imaginación política sigue siendo, en todo el mundo, “elevada”, y por lo tanto el itinerario o vía regia de aproximación es ascendente y escarpado, y todos saben que la cima —y el panorama privilegiado— es para pocos. Mientras más erectos estos monumentos, más se adecua la mirada a la imagen tradicional del poder. Por lo demás, un panóptico puede adoptar diversas formas sin cambiar de propósito. Se lo disimula. La cuestión es que la ciudadanía nunca ha tenido acceso al interior ni a lo alto del Obelisco, lo que es decir al epicentro de Buenos Aires, que es hueco y con escaleras, en tanto los antiguos eran macizos. Durante décadas y décadas solo los empleados de mantenimiento ingresaron allí. Y también —cabe conjeturar— algún jerarca que se daba el gusto de contemplar sus dominios. En otras épocas, si se deja de lado a gobernantes, cortesanos y sacerdotes de culto, quienes se atrevieran a penetrar en sus interiores eran tratados como profanadores.

XI

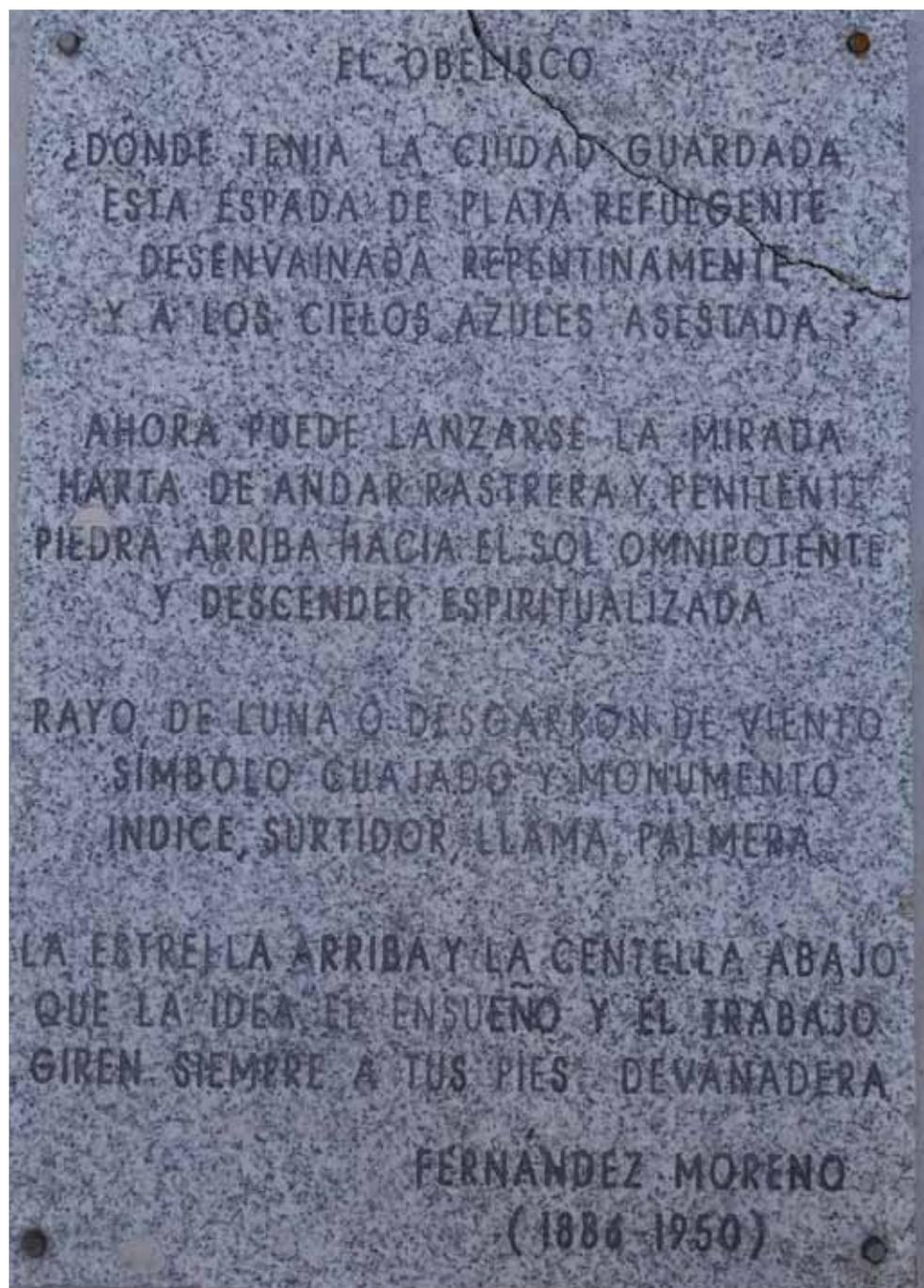
Imposible saber qué será de la suerte de Buenos Aires al cabo de los siglos. Ninguna ciudad tiene el porvenir garantizado. Muchas urbes imponentes y poderosas de la Antigüedad ya no figuran en los mapas o son ruinas de interés exclusivamente turístico o arqueológico. Cartago fue destruida en cuatro semanas. Tenochtitlán, luego de un asedio de ochenta días. Dresde quedó arrasada en un infierno de fuego y destrucción una vez que mil aviones bombarderos liberaron explosivos en cuatro ataques consecutivos. Hiroshima sucumbió a una sola bomba, en un instante, por completo. Y a lo largo de la historia, cientos, miles de ciudades fueron sitiadas, saqueadas y devastadas. Si Buenos Aires fuera assolada por una peste bíblica o bien abandonada u obligada a removerse, igual quedaría el Obelisco, erguido e inescrutable, allí donde está. Lo último en pie.

XII

A la punta del Obelisco se la llama “piramidón”. Se hace difícil percibirla, no por escondida o desconocida, sino por alejada, aunque si des-



Horacio Coppola, *Calle Corrientes*, 1936.



Soneto de Baldomero Fernández Moreno
inscripto sobre el frente sur del monumento.

de allí alguien nos contemplara, lo haría como si fuéramos liliputienses, insignificantes limaduras gravitando hacia el electroimán. Solo a ras del piso estaríamos en igualdad de condiciones. De modo que, o bien se la toma por asalto, o bien se la descuelga como por arte de magia, hasta quedar cara a cara. Pero esa reducción o apeamiento significaría algún tipo de decapitación, o más bien de degüello. Esa fue una práctica habitual al final de las batallas entre las distintas facciones que en el siglo XIX se disputaron el derecho a organizar la Argentina, cuando no el remate —ucase— ordenado por el jefe de algún bando momentáneamente victorioso, y todo hermanado, además, con la industria de las reses, pues el matarife solía ser también el mejor degollador de cristianos. ¿Y acaso el Obelisco no está emplazado entre las calles Lavalle, un general que terminó con la cabeza separada del cuerpo, y Sarmiento, que asimismo portaba rango de general y que aplaudió la decapitación del caudillo provincial Ángel “Chacho” Peñaloza?

Si se descabezara el Obelisco se lo empalmaría al fantasma de esas terribles guerras civiles, que pudieron haber cambiado de método pero no cesado, como también a la obsesión de los anarquistas por dar de baja cabezas coronadas, usanza comenzada durante la Revolución Francesa con el “invento” del médico Dr. Joseph Guillotin, alguna vez intitulado *civi optimo*, o sea ciudadano ilustre. Recuérdese que el seccionamiento de la testa entronizada del rey Luis XVI, en 1793, hizo cimbrar a toda Europa y, por carácter transitivo, hasta el último confín del mundo, ya que los emblemas de poder se yuxtaponían al culto sacralizado de la personalidad que los ocupaba en un momento dado, fusión que no dejó de ser incorporada a los posteriores regímenes conducidos por líderes carismáticos. La divinidad del poder y la magnificencia de sus símbolos hacían y hacen “arco voltaico”. De allí la posibilidad de arrear multitudes dispuestas a construir tanto obeliscos y pirámides como después castillos y palacios, ciudades fabriles y parques temáticos, o bien fortificaciones pentagonales y bases espaciales. Era divino obedecer, y quizás el Obelisco —ese adorno— sea la reminiscencia apenas reprimida del respeto sacro por el poder, una de sus autojustificaciones, así como las ideologías modernas también se acompañaron de una retahíla de consignas, ficciones y milagros laicos, muchos de tamaño portentoso. Quien quiera ingresar al piramidón tendrá que optar por ser parte del “ojo que todo lo ve” o del común de los mortales.

Sopesará su alma más que la vista.

Obeliscos y pirámides, entre otros monumentos formidables, y ya desde antiguo, son emblemas inmemoriales, hipnóticos, concéntricos. Colosales, herméticos e indestructibles. Así han sido imaginados, venerados y temidos. No por nada las publicaciones anarquistas de hace cien años incluían grabados en los cuales el poder era mostrado en forma de torta de bodas piramidal sostenida en su base amplia por el grueso de la población mientras en la cumbre unos pocos se daban un festín. Nuestra imaginación política ha tendido a ser, casi siempre, vertical, y así seguirá siéndolo, al menos mientras se imagine, venere y tema con la mirada absorta hacia arriba. Y sin embargo, esos símbolos se mantienen firmes y rotundos en tanto y en cuanto se crea en ellos. Si no se lo hiciera, su supremacía —ese peculiar espacio tensado entre lo sacro, lo temible, lo erótico y lo inaccesible— se desplomaría en pocos instantes. Es cuestión de averiguar —sacrilegio mediante— qué hay adentro. Quizás no haya nada, nada más de que lo que sus idólatras depositan en ellos.

Y por eso simbolizan, a la vez, todo y nada.